

Y con due, tre, cuatro, cinco,  
Sin esa pension se huelgan.

TUCAPEL.

Esa respuesta daré;  
Mas da, General, licencia  
Porque mi amistad te muestre,  
Y al orden dicho obedezca,  
Para que al cuello te echemos  
Estas flores, pues enseñan  
Ser lazos, que es amistad,  
Ser círculos, que es eterna,  
Ser flores, que es alegría,  
Y sujecion, ser ofrenda.

MARQUÉS.

Yo lo admito y agradezco.

TUCAPEL.

Pues llegad todos, y sea  
La primera esta corona.

MARQUÉS.

Tente, Tucapel, espera.  
Corona no; que esa toca  
Solo á la real cabeza  
Del gran Filipo Segundo,  
Que mil años la posea.  
Si quieres que yo en tu nombre  
Se la envíe, será eterna  
Tu fama, y levantarás  
Tu nombre hasta las estrellas.

TUCAPEL.

Tu lealtad, gran don García,  
Me admira; y ¡ojalá fuera  
Mi rey el que ha merecido  
Que tú su vasallo seas!  
Mas tú mismo, que te obligas  
A ser leal; y á no serlo,  
Por parecerse lo fuera.  
Llegad vosotros, amigos,  
Y cumplid lo que os ordena  
Caupolican.

CHILINDRON.

¡Gentil don!  
Miren; ¡qué sarta de perlas!

NACOL.

Hoy redime mi valor  
La libertad de mi tierra.

MARQUÉS.

(*Cáesele una daga á Nacol.*)

¡Válgame el cielo!

CHILINDRON.

¡Ah traidores!

MARQUÉS.

¿Qué es esto?

NACOL.

Faltar las fuerzas  
A la ejecucion del golpe.  
Mas yo con mis manos mismas  
A mi corazon cobarde  
Castigaré su flaqueza.

MARQUÉS.

(*Quiere el indio matarse.*)

Tente, araucano valiente.  
Vive; que quiero que veas  
Mi valor en darte vida,  
Y en perdonar mi nobleza.  
No quites á mis hazañas  
Un testigo en tí; y pues muestras  
Tanto valor, no me quites,  
Murriendo á tus manos mismas,  
La gloria de que las mias  
Entre los demas te vengas. —  
Y tú, fuerte Tucapel...

TUCAPEL.

Corrido estoy.

MARQUÉS.

Mas ya muestras

Tu vergüenza en tu color,  
No es bien que te reprehenda;  
Que á un hombre tan valeroso  
Ella le basta por pena.  
La vida puedo quitarte;  
Pero porque más me temas,  
Te la doy; que el que perdona  
Vence más que el que se venga.  
Y porque obligar pretendo  
Tu patria, es bien que le ofrezca  
Tu vida, que tanto estima;  
Sus flores le pago en ella.  
Indicios te doy en esto  
De la española nobleza,  
Pues á un don que es tan pequeño  
Doy tan alta recompensa. —  
Oye, Chilindron.

CHILINDRON.

Señor...

COQUIN.

Todos los huesos me tiemblan.  
De los pasados cordeles  
Estoy sintiendo las vueltas. (Vase.)

CHILINDRON.

Voy volando.

TUCAPEL.

¿Qué deidad,  
Español, tienes secreta,  
Que tal temor y respeto  
Pone á la misma soberbia?  
Por el alto sol, que estoy  
Tan corrido, que quisiera  
Haber pasado mil muertes  
Antes que sola esta afrenta.

MARQUÉS.

Basta; no me digas más;  
Que al valor que me confiesas  
Tanta piedad acompaña,  
Que me afige tu vergüenza.  
(*Saca Chilindron una espada y capa.*)

MARQUÉS.

Toma, pues te doy la vida,  
Espada que la defiende...  
—Y tú esta capa, con que  
Encubrir tu infamia puedas.  
Y adios: del fuerte os partid  
Antes que mi gente sepa  
Vuestra culpa; que por dicha  
No os podré excusar la pena.

TUCAPEL.

Guárdete el cielo, español,  
Que envidia y amor engendras.

NACOL.

Tu valor aborrecia,  
Y adoro ya tu nobleza.

(Vase.)

COQUIN.

A más ver, Chilindroncete.

CHILINDRON.

A más ver, como no sea  
Con flores de vuestra patria...

(Vase.)

COQUIN.

Ni cordeles de la vuestra.

CHILINDRON.

Sin duda debes de estar  
Muy vano desta fineza.

MARQUÉS.

El beneficio castiga  
La culpa más que la pena.  
No digas lo que ha pasado  
Hasta que en salvo se vean  
Los indios.

CHILINDRON.

Brasas me mandas  
Sufrir, señor, en la lengua.

(De Luis Vélez de Guevara.)

Entran UNOS SOLDADOS Y DON FELIPE

DON FELIPE.

Hermano, ¿qué pretendian  
Los indios?

MARQUÉS.

Porque su tierra  
No inquietase con la guerra,  
Dos partidos me ofrecian,  
Mas ninguno conveniente.

DON FELIPE.

¿Ya nos temen?

MARQUÉS.

Pues de paces  
Tratan, es cierto.

UN INDIO.

INDIO.

¿Qué haces,  
General noble y valiente?  
Trata de escapar la vida;  
Que del ejército fuerte  
Que viene á darte la muerte,  
No puede ser resistida  
La violencia. No da abril  
Más flores que dan pendones  
Al aire sus escuadrones:  
Más son de cuarenta mil  
Los indios, que airado y fiero  
Conduce el fuerte araucano.  
Del cacique Cayeguano,  
Tu amigo, soy mensajero,  
Que por mostrarlo, me envia  
Tan cuidadoso á avisarte.

MARQUÉS.

Valientes hijos de Marte,  
Hoy es el dichoso día  
Que vuestro nombre y el mio  
En bronce se ha de esculpir.  
Pasemos á recibir  
A la otra parte del río  
La batalla; que han de ver  
Que salimos á buscarlos:  
Y así será el despreciallos  
Comenzallos á vencer.

DON FELIPE.

¿Cómo intenta vuesaencia  
Sáliles á recibir,  
Si el paso le ha de impedir  
La cristalina violencia  
Del claro Nibequeten,  
Ese caudaloso río  
Cuyo sordo cristal frío  
De helado muro también  
Sirve al bárbaro araucano?

MARQUÉS.

Para triunfo tan glorioso,  
¿Qué importa, cuando espumoso  
Fuera todo el Oceano?  
Yo quiero ser el primero  
Que el cristal que estorbo os hace  
Animosamente esguace;  
Que á ser el piélago entero,  
De quien todo un cielo es caja,  
De quien archivo es divino  
Todo un orbe cristalino,  
Fuera pequeña ventaja.  
Sigame quien española  
Sangre tuviere, de quien  
No solo Nibequeten,  
Mas Arauco se arrebola;  
Que en esta ocasion, por vida  
De mi rey, que hasta morir  
Pienso, españoles, servir

Con la sangre esclarecida  
Que la casa de Mendoza  
Dió á tanto ascendiente mio;  
Que no ha de alabarse un río  
Que fué á la nacion que goza  
Más despojos y trofeos,  
Cobarde estorbo jamas.

REBOLLEDO.

Pues ¿qué aguardamos?

MARQUÉS.

No más  
De alentar vuestros deseos.

REBOLLEDO.

¿Qué hay que alentar? ¡Vive Dios,  
Que es un gallina mojada  
El que reparare en nada!  
Aunque bastamos los dos,  
Arrojese vuesaencia,  
O déjeme á mi arrojar;  
Que ninguno ha de quedar  
Que no rompa la violencia  
Del agua, dando á las plumas  
Materias heroicas luego,  
Si fuera nadar por fuego  
Como cortar por espumas.

MARQUÉS.

Seguidme, españoles, pues.

GUALEVA. (Dentro.)

No te aventuras, detente,  
Joven español valiente,  
Porque escarmientos no des  
En tu propio precipicio  
A desengaños ajenos.

MARQUÉS.

Oid.

GUALEVA. (Dentro.)

A mí, por lo ménos,  
Debes este nuevo oficio  
De piedad.

MARQUÉS.

O es ilusion,  
O voces...

DON FELIPE.

De una mujer,  
Araucana al parecer,  
Avisos pienso que son,  
Que esotra márgen del río  
Gallarda pisa, y agora  
Se arroja al agua.

MARQUÉS.

Enamora  
El bizarro hermoso brio  
Con que las ondas rompiendo,  
La corriente atropellando,  
La cresta espuma aumentando,  
Circulos de plata haciendo,  
Bellísima caravela,  
De cristal tejiendo lazos,  
Remos hace de los brazos,  
Y de los cabellos vela.  
De la espuma plateada  
Que ella levanta y deshace,  
Segunda Venus se nace,  
Si no es sirena que nada.  
Con uno y otro farol  
Engañando, desafia  
Por sirte del fuego al día,  
Por escollo de oro al sol.  
Ya que nuestro márgen toca,  
Sangre muestra en el caballo,  
Pendiente el arco del cuello,  
Y las flechas en la boca.  
Ya tomó puerto, y el frío  
Traje que al sol desordena,  
En perlas paga á la arena  
La plata que debe al río.  
Ave agora diligente

La que fué en el agua barco,  
Flecha parece del arco  
Que sacó al cuello pendiente.

Salga GUALEVA mojada y con sangre  
en la frente, del modo que la han  
pintado.

GUALEVA.

Generoso don García,  
En cuyos valientes hombros  
Tu rey, español Atlante,  
Libra el peso de dos polos,  
Gualeva soy, araucana,  
Del valor que saben todos  
Tus valientes capitanes,  
Mis caciques valerosos;  
Que á la merced obligada  
Que de tu valor heroico  
Recebi, cuando la muerte  
Dar estorbaste á mi esposo;  
En el peligro que has visto,  
Para avisarte me pongo;  
Y fuera lo mismo al campo  
Del mar del Sur proceloso,  
A volverse sus arenas  
Lucientes pardos escollos,  
Sus espumas basiliscos,  
Fuego el aire, el agua plomo.  
¿Quién te engaña? Quién te vende,  
Valiente español, asombro  
Del que fué, primer pirata,  
Por el vellocino á Cólcos,  
Que precipitarte intentas  
Con ejército tan corto,  
En poder de la fortuna,  
Teniendo á Arauco en tan poco?  
Mira que Caupolican,  
Jérjes américo, todo  
El Arauco ha puesto en arma,  
Agotando los arroyos  
Y los caudalosos rios  
Por donde sus caudalosos  
Escuadrones van pasando,  
Haciendo en nubes de polvo  
Al sol locas amenazas,  
Cuyos bárbaros y locos  
Atrevimientos parece  
Que los mira temeroso;  
Y con ser el sol divino  
El dios que adoramos todos,  
Así le dan con las plumas  
De las flechas en los ojos.  
A Caupolican, á Rengo,  
Tucapel y Colocolo,  
Viejo Caton del Arauco,  
Cuantos caciques famosos  
Habitan sus tambos, siguen,  
Dando espantos, dando asombros:  
Leucoton, que armado el pecho  
De conchas marinas, monstruo  
Parece de sus espumas;  
El valiente Manguelco,  
Que desgaja un roble; el bravo  
Torrelmo, que con un oso  
Lucha, y por las dos quijadas  
Le divide hasta los hombros;  
Tácomara, que levanta  
Un monte en peso; Pillolco,  
Que detiene la corriente  
De un río; el bizarro Ongolmo,  
Que arroja un risco una legua;  
Gracolano, que dos toros,  
Por las melenas asidos,  
Derriba á un tiempo furioso  
En la tierra; Lebopía,  
Que corriendo con Tegoldo  
Parejas, vibran dos pinos;  
Pilmaiquen y Guaticolo,  
Que mueven una montaña  
De su asiento; Leucotongo,

MARQUÉS.

Detente, aguarda, araucana  
Valerosa, que presumes  
Desmentir con tus finezas  
Bárbaras ingratitudes,  
Y afrentando las edades,  
Por valor ó por costumbre,  
Borrar historias romanas  
Con hazañas más ilustres;  
Que despues de agradecer  
Esta fineza que luce  
Tanto en mis obligaciones,  
Con las que gallarda cumples,  
Quiero advertirte, Gualeva,  
Que al recelo nunca pude,  
Por Mendoza y español,  
Reconocer servidumbre;  
Y que cuando sobre Arauco  
Llovieran indios las nubes,  
Y ejércitos abortarán  
Las ásperas pesadumbres  
Destos montes, que, gigantes  
De piedra, al cielo se suben  
A buscar sagrado, cuando  
De vuestras espadas huyen;  
Fuera imposible, Gualeva,  
Aunque de mayores cumbres

Hicierais muros, dejar  
Que las católicas cruces  
Y leones españoles  
No rompieran las azules  
Ondas de Nibequeten,  
Cuyas espumas no sufren  
Más puente que el valor nuestro,  
Que es aquel que hoy nos conduce  
A esta empresa, sin que un paso  
Otros mil mundos me muden;  
Que fuera facción de arráeces  
Mal nacidos y comunes,  
Retirarnos cuando Arauco  
Nuestras banderas descubre.  
Yo vengo lleno de fe  
Y de aquel valor ilustre  
Godo y español, fiado  
En el cielo, de quien tuve  
Tan católicos alientos,  
Que a esta conquista propuse  
(Con el poder de Filipo,  
Mi rey, hijo del que a Túnez  
Ostentó tantos trofeos,  
Aguila que de las luces  
Del sol salió vencedora  
Con hazañas y virtudes)  
De no volver sin vitoria  
A sus piés, cuando me ayuden  
No más de los españoles,  
India, que es razón que escuches.  
Porque, contra los caciques  
Que a Caupolicán presumen  
Darle españoles despojos  
Con muertes ó esclavitudes,  
Don Miguel, que con el nombre  
De Velasco excusa y suple  
Tantas alabanzas, basta,  
Cuando el de Pereira, ilustre  
Portugués, y don Francisco  
Manrique, que al cielo sube  
A Nájara, no subiera  
Por la misma heroica cumbre;  
Y el valiente don Francisco  
De Guzman, que dando lustre  
A la casa de Toral,  
De hazañas á Arauco cubre;  
Reinoso y Pedro de Aranda,  
Gabriel Gutiérrez, Juan Núñez,  
Don Francisco de Godoy,  
Martes los tres andaluces;  
El famoso don Alonso  
De Arcilla, para que empuñe  
La lanza, y la pluma tome,  
Con que á Apolo y Marte junte;  
El valiente montañés  
Rebolledo, que destruye  
Vuestras vidas como rayo,  
Vuestros campos como octubre;  
Don Felipe de Mendoza,  
Que á no ser mi hermano, pude  
Con heroicas alabanzas  
Sobre las doradas cumbres  
Del sol ponelle el primero,  
Con los demás que destucen  
Los paladines Roldanes  
Y africanos Ferragudes:  
Con estos paso, Gualeva,  
A Nibequeten; que infunden  
Con sus pechos valerosos,  
Ejércitos que me ayuden  
Los cielos. ¡Al arma, amigos!  
Ea, españoles ilustres;  
Que para tantos es poco  
Un mundo que se os descubre.  
Con esta resolución,  
Gualeva, avisa ó reduce  
A los tuyos, si antes que  
El rendirse dificulten,  
No eres cometa del agua  
Que su muerte les anuncie,  
Nuestra vitoria pregone  
Y mis glorias asegure.

REBOLLEDO.  
El primero intento ser.  
GUALEVA.  
¡Oh heroico español! no pude  
Con ardides engañar  
Tu valor. (Entrándose.)  
MARQUÉS.  
¡Al arma! y busquen  
En Arauco vuestros hechos  
Nombre inmortal, con que ocupen  
La trompeta de la fama.—  
¡Al rio!  
TODOS.  
¡Al rio!  
CHILINDRON.  
Hoy presumo  
Chilindron poner su nombre  
Por corona de las nubes.  
Al agua pues; que á pesar  
De los cuartillos y azumbres,  
Juraremos de balenos,  
Profesaremos de atunes.  
(Tocan al arma, y entranse todos.)  
—  
(De don Fernando de Ludeña.)  
—  
SALEN CAUPOLICAN, RENGO, TUCAPEL  
Y OTROS INDIOS; Y GUAOLDA,  
QUIDORA Y MÁS INDIAS.  
CAUPOLICAN.  
Rengo, los españoles son aquellos  
Que ya llegan con brio  
A la margen opuesta deste rio,  
Queriendo con soberbias españolas  
Romper las aguas y vencer las olas;  
Y antes que divididos de sus manos  
Esos cristales, de la espuma canos,  
De la sangre contraria  
Han de llevar las olas carmesies,  
Trocando los cristales en rubies;  
Y urnas vendrán á ser de tanta gente,  
Que detengan su Barbara corriente.  
TUCAPEL.  
Valientes araucanos, [nos;  
Fulminen rayos vuestras fuertes ma-  
Defendamos el paso que procuran.  
Ea, soldados fuertes,  
Ilustrad vuestra fama con sus muertes.  
RENGO.  
Camina, gran Caupolican; que todos  
Te seguiremos donde  
Verás abrir con manos homicidas  
Sangriento campo en españolas vidas.  
(Vanse los indios.)  
GUAOLDA.  
La estrella favorable  
De un español soldado  
Influye tal piedad en mi cuidado,  
Que á ser amor llegara,  
Si detenida en la veloz carrera,  
Ser más que inclinacion le conociera.  
QUIDORA.  
Allí de crespas ondas combatido,  
A la vista se ofrece  
Sobre las aguas naufragante bulto.  
INDIA 1.<sup>a</sup>  
¿Si es español?  
INDIA 2.<sup>a</sup>  
Un español parece.  
QUIDORA.  
Sin duda que, rompiendo la corriente,  
Naufragó, de las olas contrastado,  
Y el dudoso camino  
Dejó á la voluntad de su destino.

INDIA 3.<sup>a</sup>  
¡Cuánto salir del piélago procura!  
GUAOLDA.  
Y cuánto á un desdichado  
Huye solicitada la ventura!  
QUIDORA.  
Parece que al imperio de las aguas  
Valor ostenta de animada roca,  
Y conquistarlas quiere,  
Pues las aparta y hiere  
Con la espada pendiente de la boca.  
INDIA 1.<sup>a</sup>  
A la orilla parece que se acerca.  
GUAOLDA.  
Saquémosle del húmedo elemento,  
Y vengando la muerte de Lautaro,  
Será de nuestras vidas alimento.  
INDIA 2.<sup>a</sup>  
Tomar puerto procura.  
QUIDORA.  
Tendrá la muerte en viva sepultura,  
Dando principio á la primera hazaña  
Que muestre aborrecida  
La presuncion de la soberbia España.  
GUAOLDA.  
Poca satisfacion es una vida,  
Cuando con muchas fuere el hado avaro,  
Si vengara la muerte de Lautaro.  
QUIDORA.  
Ya deja el cristal puro,  
Y arrojado á la orilla,  
En ella el cuerpo sin aliento humilla.  
REBOLLEDO, con la espada en la boca.  
REBOLLEDO.  
¡Válgame Dios!  
INDIA 3.<sup>a</sup>  
Desalentado llega.  
QUIDORA, muerte.  
Aquí verás el fin de tu esperanza.  
GUAOLDA.  
Detened el rigor á la venganza.  
INDIA 2.<sup>a</sup>  
Ya parece que cobra más aliento.  
REBOLLEDO.  
No fué la suerte en todo desdichada.  
Esta es Guacolda, que del arco armada,  
Cupido es de estos montes,  
Si no Diana de estos horizontes.  
GUAOLDA.  
No temas, español.  
REBOLLEDO.  
Fuera locura  
Que cobraran las puntas de las flechas  
El temor que le debo á tu hermosura;  
Y en mí, puesto que fueran rigurosas,  
Si anticipan tus ojos las heridas,  
Fuera fuerza quedar ellas ociosas.  
GUAOLDA.  
Mojado estás: enjuga, enjuga el rostro,  
Sin turbar el sosiego. (Dale un lienzo.)  
QUIDORA.  
¿Cómo adelantas la piedad al ruego!  
GUAOLDA.  
No es piedad la que aguarda  
Los ruegos en la pena,  
Cuando miró necesidad ajena.  
REBOLLEDO.  
Más que obligado, estoy agradecido.  
GUAOLDA.  
¡Llegóte al cuerpo el agua?

## ACTO TERCERO.

(De don Jacinto de Herrera.)

Salen por la cumbre de dos montes que  
ha de haber á los lados del tablado,  
marchando con cajas y trompetas que  
se respondan á las dos partes, los  
dos ejércitos, indio y español: en el  
uno CAUPOLICAN, TUCAPEL Y CO-  
QUIN; y en el otro EL SEÑOR DON  
GARCÍA, DON FELIPE, REBOLLE-  
DO Y CHILINDRON.

MARQUÉS.  
Ea, amigos, no tengais  
Por muy importante hazaña  
Ser dueños desta montaña,  
Si esotra no les ganais.

CAUPOLICAN.  
Caciques, vuestra braveza  
Hoy admire el horizonte;  
Pasad á echarlos del monte,  
En que han hecho fortaleza.  
Seguidme; que ya recelo  
Mi venganza mal segura,  
Y que por aquella altura  
Huyen de mi furia al cielo.

MARQUÉS.  
Si os pone horror la rudeza  
Deste risco inaccesible,  
Yo el primero hago posible  
El caminar su aspereza.  
Más fama, más gloria es:  
Mostrad con pecho esforzado  
Que la materia han trocado  
Con las penas vuestros piés.  
A vuestro brio español  
Hoy la cumbre ha de humillarse,  
Porque no pueda estimarse  
Que la pisa solo el sol.

CAUPOLICAN.  
Advertid, por vuestro aliento,  
Que os abro el primero yo  
Senda que solo pisó  
La planta veloz del viento.

TUCAPEL.  
Marcha, embiste descuidado.

DON FELIPE.  
Todos te siguen gustosos.

MARQUÉS.  
Son españoles famosos.

CAUPOLICAN.  
¿Qué es aquello?

MARQUÉS.  
¿Qué he escuchado?

UNA INDIA. (Canta dentro de la pena.)  
Aquella campaña roja  
Que mira cobarde el sol,  
Cubierta de cuerpos muertos  
Y poblada más de horror;  
Aquel gigante de acero,  
Aquel pequeño escuadrón,  
Que en el monte de los muertos  
Fácilmente se escondió;  
De aquel Mendoza invencible,  
De aquel gallardo español,  
De aquel rayo de Filipo  
Armas y trofeos son.

CAUPOLICAN.  
Tierna voz.

MARQUÉS.  
Canto suave.

REBOLLEDO.  
Fué forzoso.  
GUAOLDA.  
¿Quién te pudiera dar otro vestido!  
REBOLLEDO.  
El mio se ha enjugado  
A los rayos del sol que tú le has dado.  
GUAOLDA.  
Pues ¿el vestido pasa?  
RENGO.  
Pasa el vestido, y aun el alma abrasa;  
Pues sabe el dios alado y niño ciego  
Que entre las ondas me abrasaba en  
GUAOLDA. [fuego.  
Pues ¿cómo ardiendo sales,  
Infamando el remedio en los cristales?  
REBOLLEDO.  
Amor es fuego y es de Venus hijo,  
Que fué nacido de la blanca espuma;  
Y siendo el parentesco tan cercano  
De las espumas y del fuego ardiente,  
¿Qué mucho que no muera en la cor-  
[riente  
De ese cristal que sin razon infamas,  
Si produjeron las espumas llamas?  
SALEN RENGO.  
RENGO.  
Son estas las venganzas homicidas,  
Guacolda, que en la muerte de Lautaro  
Libraste airada en españolas vidas?  
¿Este es el mármol que á su nombre  
[claro  
Entre aromas sagradas alimentas?  
¿Aquestas son las victimas sangrientas,  
Y a queste me ha de dar causa de celos,  
Creciendo mi cuidado?  
¿Pedazos le he de hacer, viven los cielos!  
Mal sabes á las manos que has llegado.  
GUAOLDA.  
Detente, Rengo.  
RENGO.  
Déjale, Guacolda.  
SALEN ALGUNOS INDIOS.  
INDIO 1.<sup>o</sup>  
Un español con Rengo se acelera.  
INDIO 2.<sup>o</sup>  
Pague su atrevimiento.  
INDIO 3.<sup>o</sup>  
Muera.  
INDIO 4.<sup>o</sup>  
Muera.  
RENGO.  
¡Villanos! ¿Mi valor poneis en duda,  
Cuando en esta ocasion le dais ayuda?  
INDIO 1.<sup>o</sup>  
Tu presuncion se engaña,  
Pues con matarle estamos defendiendo  
Que ocupe tu valor tan corta hazaña.  
GUAOLDA.  
¿Quién le puede matar, si le defiende?  
REBOLLEDO.  
Mayor aliento cobra  
Mi brazo, en siendo más los enemigos,  
Y aquí, Guacolda, tu valor me sobra,  
Cuando en ellos viniera  
Partida en rayos la abrasada esfera.  
RENGO.  
¿De qué nace la causa  
En tí de tu arrogante valentía?  
REBOLLEDO.  
¿No basta militar con don García?

INDIO 3.<sup>o</sup>  
Matemos este Marte,  
Que reduce las obras á los fieros.  
RENGO.  
Detened esos bárbaros aceros.

SALEN CAUPOLICAN Y TUCAPEL.

CAUPOLICAN.  
¿Así afrentais de Arauco el fiero polo?  
¿Tantos acometeis un hombre solo?  
Tened, tened las armas y el intento;  
Que con tan gran ventaja  
Tengo por afrentoso el vencimiento.  
Véte, soldado, donde está tu gente,  
Y dile al valeroso don García,  
Ese sol español, rayo cristiano,  
Que no me ha de vencer en cortesía.  
Si liberto tan generosamente  
A Tucapel, contigo satisfago,  
Sin querer que un soldado tan valiente  
Le falte en la ocasion, puesto que inten-  
Topándote despues en la batalla, [to,  
Hacer mayor contigo el vencimiento.

REBOLLEDO.  
Allá te pienso ver en la campaña,  
Donde siendo vencido y liberto,  
Pagaré lo que debo en esta hazaña.  
(Tocan al arma.)

RENGO.  
Arma los españoles han tocado.

TUCAPEL.  
Marchando vienen ya todos con brio.

CAUPOLICAN.  
Alto, soldados, á pasar el rio.

SALEN GUALEVA Y COQUIN.

GUALEVA.  
Ya tendréis, valerosos araucanos,  
Segura la vitoria con mis manos:  
Marche la gente, marche;  
Las trompetas tocad, rompí el parche.  
(Tocan cajas y trompetas: empiezan á  
marchar los indios por el palenque  
hacia la calle, y los españoles, de la  
calle al tablado; siendo los postreros  
Caupolicán y don García.)

COQUIN.  
¡Ah señor Chilindron!

CHILINDRON.  
¡Ah Coquinet!

COQUIN.  
Darte la contrayerba no se excusa.

CHILINDRON.  
Vén; que allá te daré una garatusa.

SALEN POR UNA PUERTA DEL TABLADO RE-  
BOLLEDO, frente los españoles.

REBOLLEDO.  
Acá meteneis ya, fuertes soldados,  
Rengo, acá, cuerpo á cuerpo, quiero

RENGO. [verte.  
Donde quiera tendrás cierta la muerte.

TUCAPEL.  
Pocos sois, españoles caballeros.

DON FELIPE.  
Bastará la mitad para vencersos.

CAUPOLICAN.  
¿Cómo tú no blasonas, don García?

MARQUÉS.  
En el campo, valientes araucanos,  
Tengo yo las palabras en las manos.

DON FELIPE.  
Dulcemente lisonjea.  
CHILINDRON.  
O es ángel ó mujer fea  
En quien tanta gracia cabe.  
TUCAPEL.  
¿Qué dios es este?  
REBOLLEDO.  
Cruel  
Dulzura amor solicita.  
COQUIN.  
¿Quién este monte no habita,  
Si hay tales aves en él?  
MARQUÉS.  
Sabroso canto.  
DON FELIPE.  
Llamalle  
Puedes encanto sin duda.  
Que al mudo silencio ayuda  
Con que llega el indio al valle,  
Y de velle nos divierte.  
TUCAPEL.  
Mas no te suspenda agora  
Esa voz que encantadora  
La gente enemiga advierte,  
Por bajar disimulada  
Al valle que casi pisa.  
CAUPOLICAN.  
Ya su caja nos avisa.  
MARQUÉS.  
La batalla está aplazada.  
INDIA. (Canta.)  
Caupolican, ¡ayan fuerte,  
Que ya en su imaginación,  
Despreciando al enemigo,  
Sin acometer venció...  
MARQUÉS.  
Con bien venga.  
DON FELIPE.  
Bien venido  
Sea,  
REBOLLEDO.  
Dé el cielo la gloria  
A los suyos.  
RENGO.  
La victoria  
A las manos te ha venido.  
CAUPOLICAN.  
¿Cielo, sol, mira el estrago  
Que te doy por sacrificio!  
TUCAPEL.  
Asiste esta vez propicio.  
MARQUÉS.  
¿Cierra, España!  
TODOS.  
¿Santiago!  
Vanse á embestir los dos ejércitos, que  
han bajado ya del monte, y cáese una  
peña dividida en tres partes, descu-  
briéndose en ella un viejo indio, má-  
gico, recostado sobre las faldas de  
UNA INDIA, que es la que cantaba, y  
ella vuelve á cantar, y suspéndense  
todos.  
INDIA. (Canta.)  
Salió con el alba al campo,  
Y como al campo salió,  
Con el aljófar bordaba  
Su grabado morrion.  
LEOCOTAN, mágico.  
Indómitos araucanos,  
Cuyos ciegos barbarismos  
Irritaron á los cielos,

Contrapuestos á los signos,  
Yo soy Leocotan, yo soy  
Quien tal maestro he tenido  
Para las ciencias, que en todas  
Fui, aunque humano, tan divino,  
Que en pedazos de los cielos,  
Como en hojas de los libros,  
Vi traspuesto lo pasado,  
Y lo venidero escrito.  
En las grutas destes montes  
Oráculo vuestro he sido,  
Muchas veces con las voces  
Señalando los peligros;  
Y en todas ellas, en todas  
Siempre, acordáos, siempre he dicho  
Que vuestro indomable Arauco  
Vería el tiempo perdido  
El día que viese yo  
Con llanto en los ojos míos  
Estas cruzadas banderas,  
Estos pendones invictos,  
Que son lisonjas del viento.  
Siendo arrogancias del siglo;  
A quien siguen animosos,  
Y levantan presumidos,  
Saltando por estos valles,  
Trepando por estos riscos,  
Estas centellas de España,  
Esta nación que de Cristo  
(Que le da incansable aliento)  
Toma famoso apellido.  
Acordáos tambien que en sombras,  
De la suerte que los miro,  
Y los veis agora, entónces  
Fuéron de vosotros vistos  
En los huecos de las peñas,  
En las aguas de los ríos,  
De los aires en las alas,  
De las nubes en los nichos;  
Porque quisiera teneros,  
Ya que no de inadvertidos,  
Prudentes para los tratos,  
Para los daños previstos,  
No fué posible; y agora  
Que del bélico ejercicio  
Oyendo alterado el son  
En los campos enemigos,  
De vuestra fatal desdicha  
Miré el término preciso;  
A vuestro postrer remedio  
Aplicando mi desinio,  
Para obligar el silencio,  
Templando por los oídos  
Los rigores de los pechos  
Con mágicos artificios,  
(Vuela la india, y prosigue.)  
A este fantástico cuerpo  
Di voz, que ya fugitivo,  
Por los aires desaparece  
Entre las sombras los giros,  
¿Qué intentais? Este mancebo,  
De estos cristianos caudillo,  
Que entre valores humanos  
Brotó respetos divinos,  
En vuestro infelice Arauco,  
Con divinizado brio,  
¿Qué esperanzas no ha logrado?  
Qué batallas no ha vencido?  
Dando prodigioso espanto,  
Más de cuarenta mil indios  
Con cuatro mil españoles  
Venció, dispuesto al peligro  
El primero entónces, cuando  
Al Nibequeten le dijo  
Lo que al Rubicon el César,  
Hecho en todo el César mismo.  
Nueve victorias famosas  
Ha alcanzado, y nueve han sido  
Las ciudades que ha fundado  
En los más seguros sitios  
Esta provincia: á la una

Honró con el nombre antiguo  
Del estado de su padre,  
Dignamente merecido.  
Cañete de la Frontera  
La llamó, inmortal la hizo;  
A la otra llamó Osorno,  
Porque el estado tan digno  
De su maternal abuelo  
Memoria diese á los siglos.  
Y ya, ya de su valor  
A su dicha reducido,  
¿Qué muro hay fuerte? Qué tierra  
Parece firme? Qué risco  
No se estremece? Qué campo  
No está talado? Qué río,  
Entre la sangre y el oro,  
Aunque corriente teñido,  
No paga tributo al mar,  
Más caudaloso que rico?  
Demás desto... oídme agora,  
Dando una alma á cada oído...  
—Este milagroso jóven,  
Sol de España, héroe hijo  
Del gran Marqués, digna hechura  
Del siempre sabio Filipo,  
Pues del Perú gobernando  
Los dilatados distritos,  
Estas centellas de España,  
Pone su insigne diadema  
Sobre el globo cristalino,  
Será el primero en su casa,  
Supuesto que en ella ha sido  
Segundo en su nacimiento;  
Pero en tan felice signo,  
Que antes de heredar su estado  
Por sus héroicos estilos,  
Apoyados solamente  
De sus pensamientos mismos,  
Produciendo primaveras  
Sus florecientes principios,  
Siempre con dichosos fines  
Ejercerá el regio oficio  
Que tiene su padre agora;  
Y en el inmenso distrito  
Destas provincias famosas  
Será, esparciendo prodigios,  
En la guerra y en la paz,  
Ya riguroso, ya pio,  
Como Anibal en Cartago  
Y como en Roma Pompilio.  
Mientras entre tanto España  
Le estará criando un hijo,  
En su primera mujer  
Engendrado, y conocido  
Por el nombre de don Juan,  
Que honrará los apellidos  
De Hurtado y de Mendoza,  
De un mayorazgo tan rico  
Herederó; y aunque viendo  
Las hazañas, los servicios  
De su abuelo y de su padre,  
Después de haber competido  
En él generosamente,  
Dando agradó á ejercicios,  
Con lo grave de su estado  
Lo prudente de su estilo  
Podrá quejarse del tiempo  
Con causa, pues enemigo  
De la razón, pocas veces  
Sus mudanzas, sus delirios,  
Dan méritos á las dichas,  
Ni á las verdades camino.  
Destos hijos tan constantes  
Serán los ejemplos vivos,  
Los descendientes tan claros,  
Y tan eternos los siglos,  
Que el explicito sería,  
Procediendo en infinito,  
Apurar eternidades  
Y eternizar laberintos.  
Segun esto, si los hados,  
En su favor prevenidos,  
Para alcanzar tantas glorias

Le abrieron tantos caminos,  
¿No mirais que el oponerse  
A su dicha y á su brio  
Sería querer parar  
De los influjos divinos  
Las poderosas corrientes,  
Poner nuevos epiciclos  
A las benignas estrellas,  
Y descompuestos los quicios  
Del general firmamento,  
Todos los orbes divisos,  
Volver á su caos primero  
Este esférico edificio?  
¿Qué esperais? Pues ¿no advertís,  
No mirais que como ha sido  
Arrogancia el atreveros,  
Será prudencia el rendiros?  
Llegad, ponéos á sus pies;  
Que yo mirando á los míos,  
Correr la sangre que lloro,  
Temblar la tierra que piso,  
Arder el aire que aliento,  
Huir la estrella que sigo;  
Viendo el plazo amenazado,  
Viendo el término preciso  
De la muerte, doy la vida  
A mi centro, que es su abismo.  
(Húndese y cúbrese el monte; fingese  
una tempestad.)  
MARQUÉS.  
Toca al arma.  
CAUPOLICAN.  
Al arma toca.  
MARQUÉS.  
¿Qué portento!  
CAUPOLICAN.  
¿Qué prodigio!  
MARQUÉS.  
El sol se obscurece.  
CAUPOLICAN.  
Fieros  
Rayos en el aire miro.  
DON FELIPE.  
Niebla espesa cubre el campo.  
TUCAPEL.  
Del monte salen tronidos  
Espantosos.  
REBOLLEDO.  
Bocas abren  
Estas montañas.  
TUCAPEL.  
Los quicios  
Del globo se desencajan.  
COQUIN.  
¿Qué retumbantes sonidos!  
CHILINDRON.  
¿Qué confusas jerigonzas!  
COQUIN.  
Loco estoy.  
CHILINDRON.  
Yo estoy perdido.  
CAUPOLICAN.  
No dicierno cuáles son  
Mis enemigos.  
(Hacen una batalla, encuéntranse los  
graciosos.)  
MARQUÉS.  
Heridos  
Dejo mis propios soldados.  
CHILINDRON.  
Las narices me han rompido.  
COQUIN.  
Derribado me han los dientes.

MARQUÉS.  
Bien hago.  
CAUPOLICAN.  
Bien determino.  
MARQUÉS.  
A recoger toca.  
CAUPOLICAN.  
Toca  
(Vanse recogiendo.)  
COQUIN.  
¿Quién me hizo  
La nariz?  
CHILINDRON.  
¿Quién me ha deshecho  
La quijada?  
COQUIN.  
Este es Chilindro.  
¡Oh Chilindron! Vengaréme.  
Chilindron, ¿oyes? Bien finjo.  
CHILINDRON.  
¿Quién es?  
COQUIN.  
Don García. Vén,  
Vén conmigo.  
CHILINDRON.  
Voy contigo.  
COQUIN.  
Yo le pondré como nuevo.  
CHILINDRON.  
Temblando los aires piso.—  
¿Eres tú? (Agárrale.)  
COQUIN.  
¿Pues no?  
CHILINDRON.  
¡Ay de mí!  
COQUIN.  
Agarréle.  
CHILINDRON.  
¡Bien, por Cristo!  
COQUIN.  
¡Ay cómo pesa el bellaco!  
(Llévale á cuestras.)  
CHILINDRON.  
¡Que me estrujas el ombligo!  
(Vanse.)  
Sale REINOSO, maese de campo, mar-  
chando con la gente que pudiere.  
Haced alto; que allí entre aquellas peñas  
Su albergue toscó (que esta gente llama  
Tambo), según la espía dió las señas,  
Tiene Caupolican, y se derrama,  
Si no me engaña, amigos, ya el gemido  
De sus mujeres, que su auxilio aclama;  
Que este tesoro tiene aquí escondido,  
Y hoy las viene á pasar al mismo fuerte,  
Del riesgo en que las vemos, advertido.  
Viene sin prevencion, porque divierte  
Con Tucafel la gente, defendiendo  
La fortaleza más que no su muerte.  
El dársela ó prenderle (que pretendo  
Con más cuidado) fácil imagino.  
SOLDADO 1.º  
Las voces crecen; que ha venido entien-  
[do].  
REINOSO.  
Al arma pues, soldados; al camino.  
Al embestir, sale CAUPOLICAN y  
RENGO.  
CAUPOLICAN.  
Perdidos somos. Salid  
A la defensa, soldados.

REINOSO.  
Españoles esforzados,  
Esta hazaña conseguid.  
RENGO.  
Seré rayo vengativo,  
Furia seré resistida.  
(Retira Rengo á una parte los españo-  
les, y queda Caupolican con la otra.)  
REINOSO.  
Las armas rinde ó la vida.  
RENGO.  
Huid, cobardes.  
(Mete retirando Rengo á los españoles.)  
CAUPOLICAN.  
¡Cautivo  
Caupolican! Ofendido  
Habeis mi pecho esforzado,  
No en haberlo deseado,  
Sino en haberlo creído.  
REINOSO.  
¿Querrás la muerte escoger?  
CAUPOLICAN.  
Hijos soberbios de España,  
Todos me dais corta hazaña;  
Pocos tengo que vencer.  
REINOSO.  
Pelea pues.  
(Pelean y cae Caupolican, y prén-  
dele.)  
CAUPOLICAN.  
¡Cielo airado!  
Caí. Poco fuera Marte  
Sin caer.  
REINOSO.  
Pues levántate  
Puedes libre, si esforzado  
Aun en tu defensa estás.  
Vuelve á cobrar el acero,  
Ea, general; que quiero  
Vencerte solo, que es más.—  
Retiráos todos.  
CAUPOLICAN.  
Vencer  
Puedes con tu cortesía.  
De ese Dios que alumbra el día  
Es infinito el poder.  
Tu esclavo soy.  
REINOSO.  
Tu osadía  
No en mí solo el triunfo emplea;  
Que esto puede quien pelea  
En nombre de don García.  
(De don Diego de Villegas.)  
Sale UN SOLDADO con GUACOLDA  
presa.  
GUACOLDA.  
¿Cómo el llanto no me anega?  
SOLDADO.  
Feliz jornada has tenido.  
CAUPOLICAN.  
¿Qué miro, cielos!  
REINOSO.  
¿Qué ha habido?  
SOLDADO.  
Al maese de campo llega.—  
De algunas indias que huyendo  
Van tu rigor, la hermosura  
Destá tu dicha asegura.

GUACOLDA.  
En vano vivir pretendo.  
GUALEVA. (Dentro.)  
¡Caupolican!  
CAUPOLICAN.  
¡Pena fiera!  
RENGO. (Dentro.)  
¡Guacolda!  
GUACOLDA.  
¡Infelice hado!  
RENGO. (Dentro.)  
¿Dónde tu luz se ha eclipsado?  
SOLDADO 1.º (Dentro.)  
Prendelde.  
SOLDADO 2.º (Dentro.)  
Seguilde.  
TODOS. (Dentro.)  
¡Muera!  
CAUPOLICAN.  
¡Qué pena!  
GUACOLDA.  
¡Qué confusión!  
REINOSO.  
¿Quién es la que por las peñas  
Ligera sube?  
CAUPOLICAN.  
Sus señas  
Suspenden mi admiración.  
GUACOLDA.  
Tu esposa es.  
CAUPOLICAN.  
¡Triste suerte!  
GuaLeva, hecha pedazos.  
GUALEVA. (Dentro.)  
Vengo á infamarte.  
CAUPOLICAN.  
Oye, advierte...  
A lo alto del monte sale GUALEVA,  
con un niño en los brazos.  
GUALEVA.  
No movida á piedad, bárbaro amante,  
Pruebas doy al rigor del sufrimiento;  
Solo contra tu engaño, que arrogante  
Soberbias blasonó que llevó el viento,  
Pecho de tigre, entrañas de diamante,  
Tiránico feroz, cruel, violento,  
Que entre la furia que mi honor provoca,  
Presas del alma arrojó por la boca.  
¡Preso Caupolican! Preso y rendido,  
Del araucano imperio el indomable  
Esfuerzo, que á los cielos atrevido,  
Pudo del que á su máquina admirable  
Montes sufrió de luces oprimido,  
Competir el valor, y ya al mudable  
Golpe de la fortuna ménos fuerte  
Tembló la ejecución, huyó la muerte!  
¿Qué escalador de nubes precipitas  
Vuelos que sustentaron leves plumas?  
Qué hidrópico de fama ardor imitas,  
Por más que en tu valor deidad presu-  
[mas,  
Si niegas cuando asombros acreditadas  
Tu nombre al mar, tu sangre á las es-  
[pumas,  
Que en urnas de cristal al sol que infa-  
[mas  
Coronen pompas de lucientes llamas?  
Huyendo con mi hijo, que piadosa  
A su vida, rendir pude, olvidada,  
Esfuerzos á su amor, oigo dudosa  
Nuevas de tu prisión: vuelvo turbada  
A correr; mas cayendo recelosa

En mi propia desdicha apresurada,  
Cuanto de ti corriendo más huía,  
Tanto volando á deshacer volví.  
Este pues de los dos nudo amoroso,  
Indisoluble, desatar pretendo,  
Y de mi furia al golpe poderoso  
Rotas union, me admirarás venciendo.  
Con su muerte tu hijo, prodigioso  
Ejemplo te será... Mas ¿qué te ofendo,  
Si cuando á castigarte más me obligo,  
Siento yo la mitad de tu castigo?  
Pero muera mi amor, pues agraviada,  
En odio trueco mi afición primera.  
No soy mujer; que de valor armada,  
Furias provocho, y á tu imagen fiera,  
Que un tiempo fué de mi tan adorada,  
¡Ah cielos! aborrezco de manera,  
Que quisiera poder, para ofenderte,  
Quererte más por más aborrecerte.  
Contra tu afrenta, guerras y rigores  
Hallarán mis venganzas, en mis celos,  
En Cítia hielos y en la Libia ardores,  
Tempestad en la mar, ira en los cielos,  
Pena en mis glorias, muerte en mis fa-  
[vores,  
Llanto en mis dichas, en mi amor des-  
[velos,  
Fuerza en mis manos, rabia en mis eno-  
[jos,  
Fuego en mi pecho y rayos en mis ojos.  
REINOSO.  
¡Qué furia!  
GUACOLDA.  
¡Qué valor!  
CAUPOLICAN.  
Aguarda, espera,  
GuaLeva hermosa, mira...  
GUALEVA.  
No me nombres.  
CAUPOLICAN.  
Culpa, no mi valor, mi suerte fiera,  
Y de verme vencido no te asombres;  
Que á esta nación sin duda verdadera  
Deidad me inclina: dioses son, no hom-  
[bres,  
RENGO. (Dentro.)  
¡Ah Guacolda!  
CAUPOLICAN.  
¡Ay cielo!  
GUALEVA.  
Calla, cobarde.  
GUACOLDA.  
Nuevo mal recelo.  
Arriba en la otra parte del monte  
RENGO, que se quiere despeñar.  
RENGO.  
¿Dónde estás?  
GUACOLDA.  
¡Ay de mi! mi amante veo.  
REINOSO.  
¡Nuevo prodigio!  
GUALEVA.  
Suspender deseo  
Mi furia cuando miro  
De Rengo en el valor, que atenta admi-  
[ro,  
Tan prodigiosa hazaña.  
Quiero escuchalla, mientras desengaña  
Tu fingido valor, desde esta Peña.  
RENGO.  
Guacolda hermosa, que tu luz me ense-  
[ña,  
A tus divinos brazos  
Llegaré por librarte hecho pedazos;  
Que alturas no recelo.  
Seguro volaré de cielo á cielo.

Oye...  
CAUPOLICAN.  
¡Suerte enemiga!  
GUALEVA.  
Todos te infaman.  
RENGO.  
Tu deidad me obliga.  
GUACOLDA.  
Valiente araucano,  
Como de ántes eras  
Blanco de mis iras,  
Ya de mis firmezas,  
Aguarda, detente;  
No muriendo quieras,  
Pues te esperan dichas,  
Competir tragedias.  
Tu valor me obliga,  
Mi temor te fuerza  
A pedir que vivas,  
Porque ya no mueras.  
De amor son efetos,  
Pues humilde hoy ruega  
Quien ayer engaños  
Despreció soberbia.  
Mi prisión no siento,  
Por sentir tus penas;  
Que es agradecida  
Siempre la nobleza.  
Si por adorarme  
Tu vida desprecias,  
Estima la mía,  
Que es la tuya mesma.  
Vive edades largas,  
Porque mejor puedas  
Gozar del contrario  
Victorias sangrientas.  
Tu ejército anima,  
Muestra en mi defensa  
Opuestas al sol  
Nubes de saetas.  
No triunfe de Arauco  
La española fuerza;  
Que para que rindas  
Su arrogancia fiera,  
Te da el sol sus rayos,  
El amor sus flechas,  
Laureles la vida,  
Victorias la guerra,  
Fama la fortuna,  
Marte fortaleza,  
Historias el tiempo,  
Favor las estrellas,  
Y el cielo á tus dichas  
A mí con más fuerza,  
Un amor rendido,  
Que una alma sujeta.  
RENGO.  
Más, Guacolda hermosa,  
Con esas ternezas  
Nunca imaginadas  
Mi valor alientas.  
¿Cómo he de poder  
Consentir que seas,  
Siendo yo tu esclavo,  
De otro prisionera?  
¡No lo quiera el cielo!  
GUACOLDA.  
Poco á mí me precias.  
RENGO.  
Un rayo detienes.  
CAUPOLICAN.  
¡Qué furor!  
GUACOLDA.  
¡Qué pena!  
REINOSO.  
Al monte, soldados;  
No huya la presa,

Y entre sus amores  
Nuestras armas teman.  
GUALEVA.  
¡Que esto el cielo consienta!  
Que un bárbaro á mis ojos con afrenta  
Sea vil prisionero!  
Cuando de Rengo el fulminante acero  
Envidias da á la fama!  
GUACOLDA.  
Mi amor te obligue.  
GUALEVA.  
Tu temor me infama.  
Araucanos, oidme, estadme atentos;  
Admirad, españoles, mis intentos,  
Y á mi paso rendido  
Del español antipoda temido  
Valor que tembló el cielo,  
Para cobrar mi honor solo recelo  
Que puedan mis venganzas  
Resucitar tan muertas esperanzas.  
Este es mi hijo...  
CAUPOLICAN.  
Espera,  
Querido dueño.  
GUALEVA.  
Pues que muero, muera  
En él mi afrenta.  
CAUPOLICAN.  
Advierte...  
GUALEVA.  
Vida le doy en tan honrosa muerte;  
Que no quiero ser madre  
De un hijo vil de tan infame padre.  
(Arroja el niño dentro.)  
CAUPOLICAN.  
Detente.  
GUACOLDA.  
¡Qué rigor!  
REINOSO.  
¡Crueldad extraña!  
RENGO.  
Sangrienta aurora la esmeralda baña  
Del yerto campo frío,  
Que de su sangre alimentó el rocío.  
CAUPOLICAN.  
¡Ay hijo!  
REINOSO.  
Eternas señas  
Jaspes matizan las nevadas peñas.  
CAUPOLICAN.  
Reviento de pesar.  
GUALEVA.  
¿Qué, ingrato, esperas?  
CAUPOLICAN.  
¡Oh fiera más que las deidades fieras  
Que tal rigor permiten!  
GUALEVA.  
Bárbara soy, fieras me acrediten.  
CAUPOLICAN.  
Aguarda, escucha, advierte;  
Verás que es mi valor del todo fuerte,  
Pues ya no me ha acabado  
Un dolor que pudiera imaginado;  
Que en lágrimas deshecho,  
A pruebas de desdichas es mi pecho.  
¡Ay dulces prendas bellas,  
Apénas flores, ya del cielo estrellas!  
GUALEVA.  
Logré en tí mi venganza.  
GUACOLDA.  
¡Fuerte dolor!  
RENGO.  
¡Valiente confianza!

REINOSO.  
Aunque en tosca rudeza,  
Mostró valor su bárbara fiereza.  
GUALEVA.  
Ea, españoles fuertes,  
Vidas os faltan para tantas muertes,  
Como á mi brazo fiero  
Rinde la parca en su valiente acero;  
Que pues mostré á las flores  
Que tierna cultivé, duros rigores,  
No está de mí seguro  
El cielo en los diamantes de su muro;  
Que ya entre mis querellas,  
Arrancando á pedazos sus estrellas,  
Aunque en número tantas,  
Cortos trofeos, ornarán mis plantas.  
CAUPOLICAN.  
Mi amor te disculpa,  
Para que así veas  
Que alcanzo victorias,  
Pues perdono ofensas.  
RENGO.  
Parto á obedecerte.  
GUACOLDA.  
El alma me llevas.  
RENGO.  
Tiemble España.  
GUALEVA.  
Tiemble  
Su arrogancia fiera.  
REINOSO.  
¡Al arma, españoles!  
GUALEVA.  
¡Araucanos, guerra!  
VOCES. (Dentro.)  
¡Viva España!  
GUALEVA.  
¡Mueran [ran!  
Los que mi honor en mi venganza alte-  
[ren.  
RENGO.  
Envidio tu valor.  
GUACOLDA.  
¡Ay amor loco!  
CAUPOLICAN.  
Deidad oculta, tu favor invoco.  
(Vanse.)  
(De don Guillen de Castro.)  
Salen COQUIN y ALGUNOS INDIOS, y  
CHILINDRON en medio de ellos.  
CHILINDRON.  
¡Ba, ba, ba!...  
COQUIN.  
¿Qué decis? ¿qué?  
¿Diréisme cuanto os pregunto?  
CHILINDRON.  
¡Ba, ba, ba!...  
COQUIN.  
Decildo al punto,  
O la tripa os sacaré,  
Con más sangre en esta toca  
Que lleve vino una pipa,  
Porque digais con la tripa  
Lo que negais con la boca.  
Iré tirando y midiendo  
Cuantas varas de Cambray  
Os cupieron: muchas hay.  
Una, dos... ya van saliendo...  
Tres, cuatro, cinco... Quedado  
Se habrán algunas, sí, sí;

Porque entonces más metí  
De las que agora he sacado.  
CHILINDRON.  
¡Señor Coquin! ¿estas mañas  
Tiene? Mire...  
COQUIN.  
¡Pícarote!  
¿No apretastes el garrote?  
Pues vomitad las entrañas.  
Decid, decid lo que espero  
Saber de vos.  
CHILINDRON.  
Sí diré.  
COQUIN.  
Decid, acabad.  
CHILINDRON.  
No sé  
Qué decir; fingirlo quiero.  
COQUIN.  
¿Vos no fuisteis yerba?  
CHILINDRON.  
Yo  
Soy un zonzo.  
COQUIN.  
Yo, á pesar  
Vuestro, tengo de ahorcar  
La yerba que me engañó.  
Decid.  
CHILINDRON.  
Vuestro capitán  
Llamad: dirélelo á él.  
INDIO 1.º  
Yo voy.  
CHILINDRON.  
¿Quién es?  
INDIO 2.º  
Tucapel,  
Ausente Caupolican.  
CHILINDRON.  
Ansí tendré más aliento  
De pensar una mentira  
Que decir... Mas oye y mira  
Tremolar el manso viento  
(Tocan las trompetas.)  
Las españolas banderas,  
De quien mi rescate espero.  
COQUIN.  
Ahorcaré primero  
Que ellas lleguen.  
CHILINDRON.  
Cruel fueras,  
Señor Coquin, y si es poco,  
Señor don Coquin.  
COQUIN.  
¡Traidor!  
No hay llantos.  
Sale TUCAPEL.  
CHILINDRON.  
¡Señor, señor,  
Señor!  
TUCAPEL.  
Espera: ¿estás loco?  
¿Qué es esto? Ya vengo á oír  
Lo que dirás.  
CHILINDRON.  
Cosas muchas.  
TUCAPEL.  
Dilas, di.  
(Tocan las trompetas.)  
CHILINDRON.  
Mas, pues escuchas  
Este son, ¿qué he de decir,  
Sino que el polvo que entona

Su vuelo, anuncios te envía  
De que viene don García  
A redimir mi persona?

(Disparan.)

Y que viene... ¿Cómo, cómo  
Lo diré, que lo autorice?  
Tómame esa: ya lo dice  
Con jeringonzas de plomo.  
¿No le temes?

TUCAPEL.  
Calla, vil.

¡Por el sol!

CHILINDRON.  
Yo soy perdido.

TUCAPEL.  
¿Cuándo temor ha cabido  
En mi pecho varonil?  
Pondré á tus razones necias...  
Mas fuera desprecio en mi  
El hacer caso de ti,  
Que de ser loco te precias.  
Vete, y dile á ese caudillo  
De esos cristianos, que puesto  
Que no tuviera este puesto  
Lo fuerte deste castillo,  
Hay en él quien con las alas  
Del viento saliera ufano  
A rebatir con la mano  
Como pelotas sus balas.  
Y dile que si no allana  
Su ambicion desvanecida,  
Lo ha de pagar con la vida.  
Vé, vuela.

CHILINDRON.  
De buena gana.

Espera.

TUCAPEL.  
Déjale estar.

Fiad de mí.

CHILINDRON.  
No fieis

De mí.

COQUIN.  
Pues veréis.

Veréis.

Vén.

COQUIN.  
¿Qué?

¿Qué?

CHILINDRON.  
¿Qué?

Callar.

CHILINDRON.  
Callar.

(Vanse, y queda Chilindron solo.)  
¡De buena escapé! Ocasión  
Fué de trance peligroso.  
La puente pasa del foso  
Tucapel, hecho un león.  
El ejército cristiano  
Se acerca, y confusamente,  
Para recoger su gente,  
Toca al arma el araucano.  
Gustosa cosa es mirallos  
Y ver al viento ligeras  
Tantas plumas y banderas,  
Tantas armas y caballos.  
¡Hermosa, sobre sosiego,  
Es la guerra! Enamorara,  
Si en sangre no se bañara  
Y se aumentara en su fuego.  
Pardiez, que llevo volando,  
Y pues tanto me alborozo

La vista del gran Mendoza,  
Llegaré, pues va llegando.

Salen DON GARCÍA, DON FELIPE,  
REBOLLEDO y OTROS ESPAÑOLES.

REBOLLEDO.  
Este sitio, donde el fuerte  
Fundaron, llaman Chapeo:

MARQUÉS.  
Aunque de lejos le veo,  
Tiene artificio de suerte,  
Que espanta el ver tal primor  
En bárbaros.

DON FELIPE.  
Bien notaste;  
Pero tú los enseñaste  
A ser soldados, señor.

CHILINDRON.  
¡Señor, señor! Bien venido.  
Acá estamos todos.

MARQUÉS.  
¿Cómo  
Te escapaste?

CHILINDRON.  
No es de plomo  
Mi dicha; volando ha sido.  
Y pues por ti es milagrosa,  
Escúchame; que del fuerte  
Enemigo quiero hacerte  
Una relacion famosa.

Poco trecho de las faldas  
Del monte, en una llanura  
Fundado está, y le asegura  
El tal monte las espaldas.  
En un círculo espacioso  
Le sirven con piés y manos  
Arboles, hoyos, pantanos,  
De barbacana y de foso.  
Para impedir tus intentos  
Le hicieron fuerte y gentil;  
Ellos son catorce mil,  
Tus soldados son doscientos.  
Mira cuántos araucanos  
Tocan á cada español,  
Y como sueles, al sol  
Muestra el acero en tus manos.

MARQUÉS.  
Siendo Dios de nuestra parte,  
La ventaja es nuestra; vea,  
Pues por nosotros pelea  
Nuestro Dios, que es nuestro Marte.  
Ea, ea, al arma toca.  
¡Santiago, Santiago!

(Da voces Chilindron.)

CHILINDRON.  
Ya hice lo que no hago  
Con las manos, con la boca.

(Vanse; quedan don García y  
Chilindron.)

(Tocan cajas dentro.)

MARQUÉS.  
¿Qué animosos acometen,  
Y qué pelear bizarro!

CHILINDRON.  
Pues el defenderse ¿es barro?

MARQUÉS.  
Desdicha debe de ser.  
¡Ah españoles! ¡Vil hazaña!  
¡Ah españoles! ¿Qué haceis?  
¿Así os retirais? ¿Perdeis  
Ansí la opinion de España?  
¿Qué he de hacer? Ya no soy mío,  
Y aunque general, me toca  
Animaros con la boca,  
Y valeros con el brio.

¡Livandad es disculpada:  
No puedo más...

CHILINDRON.  
Esto es hecho.

MARQUÉS.  
Pues los fervores del pecho  
Hacen de fuego mi espada. (Vase.)

CHILINDRON.  
¡Gallardamente se aplica  
A pelear! Denodado  
Llega, pardiez: á un soldado  
Tomó la terciada pica.

¡Válgame Dios! ¡Temerarios  
Golpes! ¡Bravos empujones!  
Como quien cala melones  
Pasa los pechos contrarios,  
Y en cada pecho español  
Puso un león, y en sus manos  
Mil uñas. Los araucanos  
Se retiran, voto al sol,  
Y tras ellos don García  
Se arroja por un portillo  
Del cercado, y ya al seguillo  
Son rayos. ¡Gran valentía!

Salen DON GARCÍA, y DON FELIPE,  
deteniéndole.

DON FELIPE.  
Señor, ¿qué has hecho? ¿Es cordura  
Pelear un general?

MARQUÉS.  
Cuando la ocasion es tal,  
Es valor, y no locura;  
Que hay muchos trances en quien  
Debe hacer lo que hice yo:  
Alejandro peleó  
Y Julio César tambien.

DENTRO.  
¡Vitoria! ¡Vitoria!

MARQUÉS.  
Clara  
Ved la experiencia: ¿venciera  
Con mi gente, si no fuera  
Que yo tambien peleara?

Sale REBOLLEDO.

Por la otra parte del fuerte,  
Ya desamparado el monte,  
Se van huyendo: disparte  
A seguillos.

MARQUÉS.  
No es de suerte  
El terreno, que caballos  
Se pueden aventurar;  
Y así conviene dejar  
De seguillos y alcanzillos.  
Hacelles puente de plata  
Es más importante ahora,  
Pues no los fines desdora  
Quien por mejor los dilata.  
De suerte van, que despues  
Vendrán, atadas las manos,  
Humildes los araucanos  
A ser basas de mis piés.

UN SOLDADO.

SOLDADO.  
Ilustre blason de España,  
Mendoza al fin, que has traído  
Yugo á Arauco no vencido,  
Terror ya de su campaña,  
El cielo tu esfuerzo ayuda.  
Hoy Reinoso te ha prendido  
A Caupolican, que ha sido  
Quien puso tu triunfo en duda;  
Que siendo, como lo arguyo,

El indio de más poder,  
Le basta para el vencer  
Ser un movimiento tuyo.  
Mas con todo, su aspereza  
Ordinaria no ha templado;  
Que como le ha averiguado  
Ser del rebelion cabeza,  
Por poder vengar la muerte  
De su tío, á quien, con fiera  
Crueldad, en su calavera,  
Se hizo el escarnio más fuerte,  
Sentenciado á muerte queda.

MARQUÉS.  
¿A muerte? ¡Extraño rigor!  
No el suceso, no el valor  
Suyo imagino que pueda  
Serme de gusto, si llega  
A morir Caupolican.

REBOLLEDO.  
Es gallardo capitán.  
La resolucion fué ciega:  
Cruel ha sido.

DON FELIPE.  
Aficion  
Le tengo, el alma lo siente;  
Que niega con lo prudente  
El bárbaro á su nacion.  
Procura, señor, libralle.

REBOLLEDO.  
Procura, señor, valedle.

MARQUÉS.  
Hoy pienso, por socorrelle,  
Pasar sin pisar el valle.—  
Seguidme.

CHILINDRON.  
¡Justa intencion!  
En fin, señor, ¿vas?

MARQUÉS.  
¿Por qué

Lo dices?  
CHILINDRON.  
¿Vas?

MARQUÉS.  
Si.  
CHILINDRON.  
Pues vé;

Que tienes mucha razon.  
(Vanse todos.)

Salen GUALEVA, GUACOLDA  
y QUIDORA.

GUACOLDA.  
¿Dónde vas, Gualeva?

GUALEVA.  
Voy  
A morir desesperada.

QUIDORA.  
Sé mujer.

GUALEVA.  
Soy desdichada.

GUACOLDA.  
Ten cordura.

GUALEVA.  
Loca estoy,  
Y entre confusiones tantas  
De acelerados enojos,  
En el fuego de mis ojos,  
Con la furia de mis plantas,  
Estas campañas abraso,  
Estos montes desempiedro.

Corren una cortina, y aparece en lo  
alto del tablado CAUPOLICAN, como  
que le acaban de bautizar, y sol-  
dados.

SOLDADO 1.º  
Caupolican, ya eres Pedro.

CAUPOLICAN.  
Soy dichoso...

GUACOLDA.  
¡Triste caso!

GUALEVA.  
¿Qué veo!

CAUPOLICAN.  
Y tan diferente  
Soy de lo que fui, que siento  
Dar luz á mi entendimiento,  
De otro sol resplandeciente,  
Cuyo hermoso rayo llega  
Con tan divinos despojos  
A mi alma y á mis ojos,  
Que me alumbra y no me ciega.

Y sabiendo desta suerte  
De su luz esclarecida  
Que me lleva á mejor vida  
El tránsito desta muerte,  
Estoy tal, que sin sentir  
Lo que en ella me acobarda,  
Pareciéndome que tarda,  
Muriendo estoy por morir.

GUALEVA.  
¡Ah Caupolican!

CAUPOLICAN.  
¡Esposa!

GUALEVA.  
¿Mi Gualeva!

GUALEVA.  
¿Tuya soy?

Tu mientes. Rabiando estoy  
De ofendida y de furiosa.  
¡Tan bajamente humillado  
Te matan? ¡Ah mal nacido!  
¡Qué de honores has perdido!  
¡Qué de afrentas has causado!  
¡Tanto pudo sujetarte  
Tu infamia al rigor ajeno?  
¿En ti no había veneno  
Y mano para matarte?  
Si no valor, ¿invencion  
No hallaste para morir?  
Mas pues ya á puro batir  
Las alas del corazon,  
Anhelando me revientan,  
Y batiendo me quebrantan,  
De la tierra me levantan,  
Y en el aire me sustentan,  
Yo he de matarte, yo agora  
Tu infamia haré menos fea.—  
Cristianos, dejad que sea  
De su muerte ejecutora.  
Su verdugo ser quisiera,  
O su corazon pasar  
Me dejad, pues sé el lugar  
Adonde le tiene. (Amaga con la flecha.)

GUACOLDA.  
Espera.

Tente.

GUALEVA.  
¡Ay Guacolda!

CAUPOLICAN.  
Gualeva,

Vuelve en tí, pues te prevengo  
Que dichosamente tengo  
Honor nuevo y alma nueva.  
Deja los rebeldes brios;  
No seas tigre, sé mujer;  
Y para poderlo ser,  
Toma los ejemplos míos.  
El gran Dios de los cristianos  
Es solo Dios verdadero,  
Y en su confianza muero  
Para vivir en sus manos.

(Corren la cortina.)

GUALEVA.  
¿Qué me has dicho, que he sentido  
Que entre blandura y despecho  
Me va examinando el pecho  
Y me divierte el sentido?

QUIDORA.  
No levantes, baja agora  
Los ojos... ¡Qué compasiones!  
Mátente mis relaciones,  
Y no tu vista, señora.

¿Qué de espíritu previene,  
Cuando á morir se dispone!  
Qué de valores propone  
En la paciencia que tiene!  
Qué bien se sujeta al yugo  
De la muerte que padece!  
Piedades al cielo ofrece,  
Beso de paz da al verdugo.

¡Válgame Dios! Advertir  
Puedo en esto (no hay dudar)  
Que más que el poder matar  
Es valor saber morir.

Mas ¡ay! ¿quién vive, si al verte,  
De lástima justa muero,  
Viendo tan cruel madero  
Pasar cuerpo tan valiente?

CAUPOLICAN. (Dentro.)  
¡Jesus! ¡Jesus!

GUACOLDA.  
Muchas fuentes  
Salen ya de sangre viva  
Por sus venas.

GUALEVA.  
¿Suerte esquivia!

QUIDORA.  
¿Qué piadosas, qué corrientes!

GUALEVA.  
Culpa es suya. Iré á bebella,  
Pues que tan infamemente  
La perdió. Mas tierosamente  
Me mata, Guacolda, el vella.  
Pero en mi naturaleza  
Esto cabe: soy yo yo.  
Mas ya me venció, y venció  
A la ira la ternera.

(De Luis de Belmonte.)

EL MARQUÉS, DON FELIPE y LOS  
ESPAÑOLES.

MARQUÉS.  
Reinoso, ¿Caupolican  
Del araucano escuadron  
Es el dueño?

REINOSO.  
Suyas son  
Las fuerzas que viendo están  
Las nuestras:

MARQUÉS.  
Y yo ¿quién soy?

REINOSO.  
Mi general don García.

MARQUÉS.  
Pues ¿cómo sin orden mía,  
Sabiendo que en Chile estoy,  
A quitar os atrevistes  
La vida de un general?  
En la batalla campal,  
Pues á mi lado tuvistes  
Tantas con el indio fiero,  
Matarle fuera valor;  
Mas preso, es contra el honor  
Que de la vitoria espero.  
¡Vive Dios, que por su muerte

Tal escarmiento he de hacer  
En la vuestra, que ha de ver  
Ese coronado fuerte,  
De los hombros dividida  
Vuestra cabeza, y sabrán  
Como teneis capitan  
A quien dar cuenta! ¿Una vida  
Quitais, que tanto importaba  
Para la paz del Estado?  
Hecho fué de mal soldado.  
César cuando peleaba,  
Aunque de solo el matar  
La vitoria procedia,  
Que no muriesen queria,  
Por tener que perdonar.  
Pues ¿cómo vos, cuando á mí  
Por ejemplar me teneis  
De las piedades que veis,  
Las estáis borrando así  
Con la crueldad más feroz  
Que inventó bárbaro scita?  
¿A un general se le quita  
La cabeza? Buena voz  
Saca un soldado cristiano  
De empalar un hombre!—Luego  
Le llevad al fuerte.

DON FELIPE.  
Ciego

Está de pasión mi hermano;  
Aunque la razón le sobra.  
Pero es el ruego forzoso.  
Señor, pues eres piadoso...

MARQUÉS.  
El rigor alientos cobra  
Con el ruego, si es testigo  
La justicia. Has de advertir  
Que el rogarme ha de servir  
Para abreviar el castigo.—  
Llevalde.

REINOSO.  
Obediente estoy  
A tu mandamiento justo.

MARQUÉS.  
Sepa el Rey que á un hecho injusto  
Castigo justo le doy.  
(Llevan á Reinoso, quitándole la espada.)

DON FELIPE.  
No pido que le perdones,  
Mas que adviertas su valor,  
Sirviendo al Emperador  
En tan arduas ocasiones  
Como publica la fama.  
Túnez conoció á Reinoso  
Por capitan valeroso;  
El Bravo Español le llama  
Alemania. Pudo ser  
Que como el fiero araucano  
Con término tan villano,  
Porque le sobró el poder,  
Mató á Valdivia, su tío...

MARQUÉS.  
No, hermano; jamas alcanza

La vitoria la venganza:  
Este es el oficio mio.  
Pues premio, he de castigar.  
Mientras fulmino el proceso,  
Esté con seis guardas preso. (Vase.)

REBOLLEDO.  
Rogalle será incitar  
Su enojo; que está ofendido  
Con causa, y dejalle importa;  
Que la templanza reporta  
El fuego más encendido.

DON FELIPE.  
Ver quiero á Caupolican.  
(Corre la cortina, y descubren empalado á Caupolican.)

SOLDADO 1.º  
Despues de dalle el bautismo,  
Se debe la confianza  
De su gloria á su martirio.

CAUPOLICAN.  
Don Felipe, mucho debo  
Al gran Marqués, pues que miro  
Que voy por su causa al cielo  
Por tan seguro camino.

(Córrese la cortina.)  
¡Jesus! No puedo decirte  
Más. ¡Jesus! Jesus!

DON FELIPE.  
Envidio  
Más tu muerte, que pudiera  
Tu padre, aunque fuera vivo,  
Envidiar hazañas mias.

REBOLLEDO.  
Hasta en su muerte se ha visto  
Su valor y su prudencia.  
(Encubren el cuerpo de Caupolican.)

SOLDADO 1.º  
¿En qué ocasion ha podido  
Verse más bien que muriendo!  
Piadosamente le admiro.

DON FELIPE.  
Gualeva, Guacolda, haced  
Menor la pena.

GUALEVA.  
No asisto  
En mí; son mis confusiones  
Piedades y desvarios.

GUACOLDA.  
Dame la mano, señora.

Salen RENGO y TODOS LOS INDIOS, y  
TUCAPEL y UN SOLDADO CRISTIANO; y  
por otra parte EL MARQUÉS.

SOLDADO.  
Su rendimiento los indios  
Desta provincia á tus piés  
Ponen.

MARQUÉS.  
Por mi rey le admito.

TUCAPEL.  
El poder de Arauco todo  
Llega á tus plantas rendido,  
Capitan el más valiente  
Que haciendo lucientes giros  
Alcanza á mirar el sol.

RENGO.  
En solo tu brazo altivo  
Nuestra libertad perdida  
Hallará consuelo digno.  
Huella este imperio, invencible  
Hasta agora.

MARQUÉS.  
No imagino,  
Valientes caciques, ser  
Señor vuestro, sino amigo.  
A mi rey solo os rendis,  
El príncipe más benigno  
Y celebrado que el mundo  
Ha respetado y temido.  
Yo en su nombre á gobernaros  
Me ofrezco, de suerte pio,  
Que seréis, para ser suyos,  
Dueños de vosotros mismos.  
Pedid lo que querais todos.

TUCAPEL.  
Yo solo, señor, te pido  
Para estos reinos clemencia.

MARQUÉS.  
Antes te la he prometido.

RENGO.  
Yo á Guacolda por esposa.

MARQUÉS.  
¿Gusta Guacolda?

GUACOLDA.  
Y recibo  
Merced, si mandarlo quieres.

MARQUÉS.  
Y ser ofrezco el padrino,  
Al uso de mi nación.

QUIDORA.  
Vivas mil gloriosos siglos.

MARQUÉS.  
A mi hermano don Felipe  
Agradezco que acudido  
Haya á su sangre tan bien  
Como en la ajena se ha visto;  
Y á Rebolledo le ofrezco  
Que, de mi boca advertido,  
Le ha de hacer su majestad  
Las mercedes de que es digno;  
Sin que me quede soldado  
Sin el premio merecido.  
Aunque de mí hacienda sea.

REBOLLEDO.  
Y aquí Arauco, aquí su invicto  
Conquistador tenga fin.  
Aunque en la fama infinito.

## JUICIOS Y OBSERVACIONES

SOBRE

## LAS COMEDIAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

### LOS FAVORES DEL MUNDO.

Por *Los favores del mundo* principia la colección de ocho comedias que con el título de *primera parte* publicó DON JUAN RUIZ DE ALARCON en Madrid el año de 1628, teniendo ya concedida la licencia del ordinario desde 14 de febrero de 1622, y la aprobacion del doctor Mira de Amescua desde 29 de enero del propio año; de lo cual es necesario inferir, como se dijo en el prólogo de esta obra, que las ocho composiciones de aquel volumen ya estaban escritas en el año de 1621. Cuando fué trabajada esta que examinamos, no puede con certeza expresarse; pero es de creer que no fuese mucho antes del citado año 1621, pues aunque ella va á la cabeza del tomo, no hubo de colocarla allí su autor por ser primera en el orden cronológico, sino por ser uno de sus mejores y más instructivos dramas, y por tributar además con él un homenaje á la nobleza de su familia. Fin grave y útil, buena y bien dispuesta fábula, dos notabilísimos caracteres y una elocucion magnífica, son las prendas que principalmente distinguen á la primera obra que se lee de nuestro autor en este precioso libro. Manifiestar cuán poco duraderas son las alegrías y prosperidades humanas, asunto es cuya alteza y provecho comun está libre de ponerse en tela de juicio. ALARCON, para presentar con verosimilitud en un breve espacio de tiempo grandes alternativas de favor y desgracia, las buscó en la corte y trato de un príncipe notable en la historia por la inconstancia maravillosa de su índole: tanto la eleccion como el desempeño del asunto manifiestan que la comedia de *Los favores del mundo* es obra de un poeta que ya conocia bien el teatro y los hombres. Su accion puede sin violencia referirse al año 1448, cuando el príncipe don Enrique, de veinte y tres años de edad, habiendo estado antes desavenido, se reconcilió con el rey su padre. Hechas estas breves indicaciones sobre lo general de la pieza, pasaremos á las particulares, conforme en la lectura de sus escenas se van presentando.

(Acto 1.º, escena 1.º)

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor:

Todos, con él son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas  
Aqueste globo inferior,  
Y no vi en su redondez  
Hermosura tan extraña.

GARCÍA.

Es corte del rey de España,  
Que es decillo de una vez.

Madrid en tiempo de don Juan II principiaba á mejorarse algo; pero no era ni con mucho el mejor pueblo de Castilla, ni podia llamarse corte de España.

Cifrase, si has advertido,  
En la de mejor sugeto,  
Toda la gala en el peto,  
Toda la gracia en el pido.

Retruécano escolástico, propio del tiempo en que ALARCON escribía, pero por dicha no muy comun en sus obras. Harto más vale el agudo epigrama anterior acerca de los edificios que se techan antes de levantar la fachada, y la redondilla que contiene la graciosa respuesta de la muchacha roja: *¿Cómo estás?—Para aloja.*

(Escenas 3.ª-9.ª)

Nos ha dicho el autor en la escena primera que García Ruiz de Alarcon, su héroe, es valiente, y está ofendido y respirando venganza contra su ofensor; aquí vemos que se encuentra con él, que le vence y que al oírle invocar á la madre del Salvador, le perdona. El carácter de Garci-Ruiz está ya pintado; nada podemos esperar de él en adelante que no sea noble y propio de tan bello principio. El príncipe de Castilla don Enrique, cediendo á la admiracion que le inspira la virtuosa accion de Garci-Ruiz, le colma de honores, despues de haberle colmado de justos elogios. La privanza de Garci-Ruiz tiene el origen más respetable que darse puede: vamos pues á ver cuánto dura.

Al mismo tiempo que se alza al favor del Príncipe se le prepara por mano del amor el primer disgusto, disgusto á la verdad poco temible. Anarda, que se aficiona